

Presencia de Martí

ANA GOUTMAN

I

La libertad nace siempre a tirones desde las grietas que los hombres hacen al cuerpo de la historia. Las luchas por la liberación comprometen la vida, por ello los hombres acosados por la ausencia de libertad reaccionan —hoy como ayer— en igual forma.

Aquí en América —para la mayoría— las guerras de liberación pertenecen a una instancia del pasado. Y así a algunos les sabe a cuento viejo de la escuela elemental: combates sangrientos, actos heroicos, un recuerdo más o menos lánguido del himno y de la patria que la mayoría de edad desluce y desautoriza. A otros, para quienes el vivir y el actuar tienen una dimensión pareja, la estructuración de cada momento histórico se enrola con un drama personal.

Mientras no aceptemos esta divergencia fundamental, seguiremos debatiéndonos sobre la existencia de una raíz americana con su tradición y su futuro. Entronca esto, con la peculiaridad demográfica de: “ser habitante” de un país; sentirse hijo de la tierra y unido a ella y a su marco continental e histórico, o bien mostrarse “gentilicio” para ocultar las taras.

La historia de América se teje con la vida de sus hijos, y ellos fecundan en el recíproco proceso de maduración de sus pueblos. Hostos, Bolívar, Martí, Sarmiento, vigilaron un germen nuevo y en la medida en que fueron actores de una determinada época, acercarse a ellos es aprehender una verdad, en el desarrollo histórico de los pueblos. No se trata de hacer ídolos ni mártires, ni apóstoles; estos términos llegan a nuestro lenguaje teñidos de matices religiosos que simplifican la idea y la desnudan de su contenido y su proyección humana y telúrica. No son los milagros los que nos interesan, porque en ellos no andamos nosotros. no se nos interroga, ni se nos avisa.

Nos interesa, sí, traer una presencia, hoy la de Martí, que de pie en la cotidianidad, enlazado a la corriente, entraña lo singular innegable de su dimensión de hombre.

No hay molde previo entonces, ni exaltación délfica que pue-

dan servirnos como datos a priori para determinar la figura de Martí.

Fué hombre en acción de sí mismo. Conciente de la situación de su país, se entregó con exclusivo ardor a una idea, dejando de lado otras incitaciones de su pensamiento:

Creo que es una deserción en la vida, penable como la de un soldado en campaña, la de consagrar —por el propio provecho— sus fuerzas a algo menos grave que aquello de lo cual son capaces. Poseer algo no es más que el deber de emplearlo bien.

(Cartas a M. Mercado, New York, 6 de mayo, pág. 68).

Vivir en estas tierras exige estar “con los arreos de batalla”, preparados siempre, vigilantes y maestros de ese instante decisivo; por ello no son permitidas las largas meditaciones aprendidas en el reposo: “para no irnos con nuestros libros inescritos a la tumba”. Y para ello el periódico, que invita a una prosa exigida, limitada siempre, pero que es cauce para el combate. Martí usó el periodismo para despertar, para denunciar, para enseñar a sus niños de la *Edad de Oro*, para afirmar los derechos de los cubanos a lograr su independencia. No lo usó para persuadir.

América parece contorno que llama a la prosa polémica. Escribir significa hacer algo, por ello fué Martí periodista. Esto no indica rémora, ni es incapacidad, sus artículos son letra vigente.

Martí fué poeta, y según Ureña, un innovador, pues con el *Ismaelillo* se anticipaba en más de 16 años a las primeras manifestaciones del modernismo en España. La edición de este libro durmió largo tiempo en sus estanterías antes de ver la luz. Martí cuenta a M. Mercado en carta del 11 de agosto, la causa:

... porque como la vida no me ha dado hasta ahora ocasión suficiente para mostrar que soy poeta en actos, tengo miedo de que por ir mis versos a ser conocidos antes que mis acciones, vayan las gentes a creer que sólo soy, como tantos otros, poeta en versos (pág. 73).

A pesar de ello mantuvo la dicotomía: la vida pública y el arte literario.

Vivir fué para Martí hacer la experiencia del amor y del deber. Desde niño, en cada acto y luego en cada escrito se lo encuentra a él mismo, actor de su propia obra. “Amar sobre todo —le dice a su amigo Mercado— confiar y desdeñar: esto es tal vez la verdadera vida”. Amar a los hombres es cumplir por amor a ellos el deber de descubrirles la tierra en que viven y,

vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infundadamente en ella, como ciudadanos retóricos o extranjeros desdeñosos nacidos para castigo en esta otra parte del mundo. El abono se puede traer de otras partes; pero

el cultivo se ha de hacer conforme al suelo.

(Cartas a M. M., Ed. de la Univ. Nac. A. de M., p. 194).

El deber se le impuso a Martí por la vía de la injusticia política. Su *Presidio político en Cuba* escrito sobre sus experiencias de los 16 años, es un alegato a la rebelión narrando la vida de los que todo abandonan menos la necesidad de ser libres.

Como tantos otros debió elegir desde el principio y luego marchar. Martí eligió por doble partida: entre los afectos personales, las necesidades familiares y su pueblo. Su hogar debió representar para él, el mundo de reacción al que decidió emancipar; su madre, la exigencia de una determinada realidad nunca agotada y tan absorbente como la mayor de las empresas. En una carta a su amigo M. M. le dice:

La verdad es que he cometido un gran delito no nacer con alma de tendero. Mi madre tiene grandezas y se las estimo y las amo —Ud. lo sabe— hondamente, pero no me perdona mi salvaje independencia, mi brusca inflexibilidad, ni mis opiniones sobre Cuba. Lo que tengo de mejor es lo que es juzgado por más malo... Me aflige, pero no me tuerce. (pág. 47).

Debió elegir también entre vivir en su país bajo la dictadura, vaciados los días por el asentimiento o la tolerancia insoportables y la labor revolucionaria del destierro, siempre cruel e inapetible. No podía volver a su patria donde todos los males le pesaban como propios, y sentía el deber de remediarlos; la situación política no estaba madura para la revolución, por ello permanece en New York. Pero el hecho de ser refugiado o desterrado político no le exime de actuar, su estada de casi 15 años es la parte más fecunda de su vida; se da a la organización patriótica: en la tribuna, en los viajes, en las polémicas, en los artículos. Pero todo es poco ante la situación de peligro constante y de aparente abandono en que vivía la isla, "no tengo hora tranquila, lo que me abate no es el cansancio de lo poco hecho, sino la certidumbre de lo poco que me es dado hacer".

Su impresión de Norteamérica es muy explícita en *La verdad sobre los EE. UU.* en el tomo segundo de las obras completas de la edición de la Habana. Está naturalmente teñida por la prevención y el temor de quien se siente en una casa ajena y públicamente hostil a sus ideas. Muy distinta fué la experiencia de Sarmiento, que era ciudadano de un país libre y llegaba a los Estados Unidos en viaje de observación y aprendizaje.

Martí debe conquistar su patria, y hasta entonces no habrá sosiego, pero esa preparación desde el extranjero —que recuerda en parte la larga peregrinación, que por el mundo llevaron los judíos—, no abarca tan sólo la preparación de la lucha sino

que Martí entiende también que la libertad de un pueblo que no sabe lo que quiere es tan estéril como la esclavitud, y tan desastrosa como ésta.

Con una vocación definitiva todos los elementos propios se encaminan al mismo punto, Martí fué lo que fué porque creyó que en ese momento no había otra posibilidad. En otras circunstancias fuera quizá lo que Gabriela Mistral o Alfonso Reyes creyeron que Martí sacrificó: la labor literaria, la creación poética.

Vocación heroica la de los americanos que aprehenden el instante del sacrificio y lo realizan. Hablando de Juárez, dice Martí: "Quedan los hombres de acto y sobre todo los de acto de amor. El acto es la dignidad de la grandeza".

II

Martí recogió en su voz los años del adoctrinamiento de sus maestros, que forjaron a golpes de rebeldía el alma de los cubanos.

Cuba por determinadas situaciones históricas será la última de las colonias de España en América que alcance su independencia en 1898; pero hasta entonces José Agustín Caballero (1765-1835), Félix Varela (1788-1853); J. A. Saco (1797-1879), José de la Luz y Caballero (1800-1862), partidarios de la independencia política, pero ajenos a la violencia, afirman que la emancipación política de un país exige en primer término la de la mentalidad de sus habitantes; por el camino de la educación nueva y del desarraigo de los vicios dejados por los españoles, es factible un cambio político. Deben esperar, y como Moisés creer en la generación venidera, mientras tratan de arrancar a la España consideraciones y respeto políticos.

La simiente de estos maestros fructificó, desde 1878 a 1892 la Isla tiene una relativa autonomía que le ha sido concedida por España, pero los revolucionarios continúan trabajando; los problemas de la liberación se comparten con los temores de la anexión a los Estados Unidos (Martí nació en el momento en que fracasaba uno de los más importantes movimientos de anexión).

Los problemas de la emancipación política de Cuba reflejan la existencia de dos corrientes ideológicas: la de los que quieren la independencia a base de legalidades y la de los que aspiran a la revolución, franca y abiertamente: autonomistas y separatistas.

Larga fué la polémica de autonomistas y separatistas; querían unos conciliar la relativa independencia, manteniendo sus relaciones con la metrópoli; otros, los separatistas, proclamaban la absoluta libertad, la puerta para el efectivo desarrollo del país.

Leopoldo Zea —en *Dos etapas del pensamiento hispanoamericano*, publicado por el Colegio de México—, señala la apa-

rición de Rafael Montoro con su tesis hegeliana, frente a Enrique José Varona y su positivismo spenceriano.

En este momento surge José Martí (1853-1895). Pone en marcha la prédica de Varona, quien apoyado en la teoría de la evolución de Spencer muestra por el camino de un determinismo hacia la libertad, que la independencia de Cuba definitiva y total es la realidad inmediata y urgente.

III

Martí no sirvió tan sólo a una determinada concepción del mundo más o menos válida para las determinadas situaciones afines, sino que como los de su estirpe, vivió dramáticamente ese momento de la historia de su país, como si ese contorno de posibilidades existiera en función suya.

Querer algo con insistencia y convicción es ya violentar la realidad, la transformación provoca la resistencia e inevitablemente la polémica.

La memoria de los pueblos en vigilia, acecha cada vez lo nuevo, y entonces "todo es ladridos en el cortijo cuando entra en él un caballo brioso". Esto es importante en la medida en que implica la existencia de un pasado que habla con experiencias propias a un presente activo.

En sus escritos revela Martí la eterna pugna entre un estado de cosas roído por la costumbre, y la savia nueva que quiere salir y debe esperar.

Pero Martí sabía, por él mismo, que la libertad estaba en la entraña de su pueblo.

... muy mal conoce nuestra patria, la conoce muy mal, quien no sepa que hay en ella, como alma de lo presente y garantía de lo futuro, una enérgica suma de aquella libertad original que cría el hombre en sí. (Discurso en el

Liceo cubano, conocido por el nombre "Con todos y por el bien de todos").

Por ello tuvo fe en el hombre —quizá con harta ingenuidad— como señalan sus biógrafos, confianza en sí mismo y una visión promisorio del futuro con lo cual marchó seguro al encuentro de la revolución.

Proclamó la guerra justa, la de la liberación, que es en su momento único módulo de vida, criada en la preparación de las mentes, exaltada en diaria prédica. Avivó la conciencia de que una guerra es el lento sacrificio de una nación, "los pueblos —dice— como los hombres nacen con dolor y sangre".

Pero luchar no es sólo empuñar un fusil; para los que quieren y saben, pelear es también decir la verdad, es prevenir, "es

organizar las fuerzas para la victoria”.

Lucha —para Martí— aquel que es un hombre, y entiende una misión para ennoblecerla y cumplirla; el ser hombre auspicia el crecimiento del hombre: he aquí el deber. Lo que no funciona, se oxida, se agota; la vida como el amor hay que ejercerlos para que no mueran.

La disyuntiva está en ser hombre o en no serlo, y a ella se encuentra abocado el americano. Martí traza un perfil de su concepción sobre él: el deber y la virtud de no mentirse la propia vida; el ser moral, que significa llegar a ser acabadamente lo que se debe ser; ser plenamente uno mismo, que es como encerrar en un puño pasado y futuro, en cada ejercicio del presente; el actuar de acuerdo con la realidad ajenos a espejismos de historias extrañas; todo esto es volver al origen es ser original, americano.

Y Martí es americano, y creyó que a la América le estaba naciendo un hombre nuevo.